


GALA DE HISPANIA

ROBERTO CORRAL MORO

GALA DE HISPANIA
Reina y esclava



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: marzo de 2024

© Roberto Corral Moro, 2024
© de la presente edición: Edhasa, 2024
Diputación, 262, 2.º1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6456-9

Impreso por Liberdúplex

Depósito legal: B 4780-2024

Impreso en España

A Lourdes.

*Elia Gala Placidia fue real,
pero no existiría sin el empuje y el ánimo
de otra gran mujer: mi mujer, Lourdes.
En cada palabra y en cada frase de este libro
ella está presente.*

«¿Qué es, en efecto, la vida de un hombre
si no se une a la de sus antepasados
mediante el recuerdo de los hechos antiguos?».

MARCO TULLIO CICERÓN

SUMARIO

I	Sujetos al destino.	13
II	La montaña sagrada	19
III	La pórvida	29
IV	El sacrificio a los dioses	41
V	Alarico	47
VI	<i>Baptismus</i>	63
VII	La arpía.	73
VIII	Una nación en movimiento	87
IX	La profecía	137
X	«Nadie entendió lo que dijo»	149
XI	El cálamo.	161
XII	«Un soldado para el Imperio».	173
XIII	«Penetrabis ad urbem»	179
XIV	La rehén	187
XV	<i>Dignitas</i>	199
XVI	Magia en palacio	213
XVII	Mesina	221
XVIII	El tesoro de un rey.	225
XIX	<i>Matrimonium</i>	239
XX	«¡Ve y yace con Roma!»	249
XXI	La esperanza de un imperio	263
XXII	En las cuadras	275
XXIII	Eberwulf	285
XXIV	<i>Ad Romam.</i>	299

XXV	<i>Roma vincit</i>	307
XXVI	Gala, <i>Mater Imperatorum</i>	329
XXVII	<i>In exilium</i>	337
XXVIII	Gala Placidia, augusta	367
XXIX	<i>Coniuratio intra muros</i>	375
XXX	<i>Finis vitae</i>	383
XXXI	El principio del fin.	395
XXXII	Maia	401
XXXIII	El destino.	409
	<i>Finis Venit</i>	425
	Agradecimientos	429

I

SUJETOS AL DESTINO

*Palacio imperial. Roma, aposentos de Gala Placidia.
27 de noviembre, anno Domini* 450*

Piensan los hombres que son dueños de sus vidas, que deciden su futuro y el orden de todas las cosas desde el amanecer hasta que la noche cae sobre el mundo. Qué necios resultan, pues desconocen que todo lo que alcanza la vista está en manos del destino. Lo aprendí de mi padre, y éste del suyo, y así hasta el principio de los tiempos en que uno de mis ancestros fue digno de escucharlo de la mismísima boca de los dioses.

Ésta es la historia de una mujer y su destino. No, no es la mía. Yo no soy más que una pobre sirvienta, una liberta sin más bagaje que haber servido a una gran mujer. Una como no he conocido otra a pesar de mis muchas canas y mis innumerables arrugas, pero también sujeta –como todos– a ese destino del que nadie jamás puede escapar.

Alguien habrá de escribir por mí, pues mis ojos ya no son lo que fueron y mis temblorosos dedos no me permiten fijar en el pergamino ni palabras ni pensamientos. Al-

* Para comodidad del lector, el cómputo de los años que regirá a lo largo de la novela se basará en el *anno Domini* (nacimiento de Jesucristo) en vez del *ab urbe condita* (fundación de Roma, 753 a. C.).

guien habrá de ser mi tinta, mi cálamo y mi mano hasta la última frase que salga de mi boca y cada palabra que brote de mis labios, pues todas ellas, desde la primera hasta la última, serán ciertas. Ya decidirá más tarde quien haya de leerlas qué pensar y qué no, según su corazón, sus creencias y sus deseos, pero todas, lo juro, serán verdad.

¿Qué contarán de ella los tiempos futuros? ¿Se entenderán sus esfuerzos o será simplemente la mujer que debilitó los cimientos de un imperio? ¿Dirán que fue una emperatriz sabia y justa o sólo una vil traidora a Roma? ¿Será recordada como la hija del gran Teodosio o como la rehén de un arisco y barbudo godó?

Sí, todo eso fue ella. Y, a la vez, una moneda de cambio al servicio del Imperio; un bello cuerpo destinado a los hombres para preservar el poder con su sangre imperial, para lograr alianzas y pactos. Tal vez, me pregunto, al final la bruma de los tiempos cubrirá su existencia y sus cenizas hasta que la historia la olvide. Quién sabe..., quizás exista la justicia y el mundo la celebre como la gran mujer que fue; una mujer que, por encima de todo, jamás perdió la *dignitas*, que fue dócil sin doblegarse, que nunca bajó la mirada; una esposa que amó y una madre que sufrió el peor de los tormentos: la muerte de un hijo.

La sangre de los augustos fluyó por sus venas con la misma naturalidad con que el agua corre por el cauce del Tíber. Para ella nunca fue un regalo, sino más bien un deber, una pesada carga que la vida le impuso. «Qué ciegos todos», me confió en una ocasión con los ojos empañados en lágrimas. Lejos estaban de saber quién era en verdad. Cuántos sólo admiraron de ella los ricos mantos de seda y los bordados de perlas, la corona sembrada de oro y amatistas, y qué pocos notaron que, bajo esas mismas telas y joyas, había una niña desvalida que vio morir pronto, demasiado pronto, a su madre, y poco más tarde a su padre;

y, luego, una joven enamorada, una madre, una viuda solitaria y triste...

Pero no has de preocuparte, mi querida Gala, ni temer. Yo hablaré de ti a los tiempos venideros; yo contaré a todo el que quiera saber lo que había bajo ese rico manto de oro y plata, lo que escondía la imperial túnica púrpura con que la vida quiso vestirme sin pedirte permiso; yo contaré aquello que realmente siempre quisiste ser y lo que fuiste: una gran mujer.

Ésta no es, pues, mi historia, pues no la tengo. Mi vida estuvo marcada por la diosa Manāt desde el mismo momento en que la comadrona sajó con su cuchillo el cordón que me unía a mi madre. Desde entonces, todo –la cruel despedida de la que fue mi tierra y la de mis antepasados, la llegada a Constantinopla, aquel pavoroso incendio...–, absolutamente todo iba encaminado, sin yo sospecharlo, a vivir a su lado, a no ser sino su sombra. Y, cuando su vida se apague para siempre, la mía dejará de tener sentido. Viví con ella, por ella y para ella. Así lo convinieron el destino y los dioses, y por una vez, qué gran fortuna, sus deseos coincidieron con los míos.

Quienquiera que llegue a leer esto sospechará que es obra de una vieja loca; mas hará mal, pues juro por los dioses –por los míos esta vez, para ser más veraz– que todo es cierto y nada inventado; y, si en algo erré, que se disculpen mi torpeza y la vaga memoria, pues ambas, de la mano, se esconden tras los renglones y se escabullen caprichosas entre la negra tinta por más que yo quiera evitarlo.

Este relato no tiene su comienzo allá en Constantinopla, «la nueva Roma», como a tantos gusta nombrarla; la ciudad que vio nacer a Gala bajo los techos de un suntuoso palacio imperial de paredes decoradas con bellos frescos pintados por los mejores artistas, quienes, con sus mágicas manos, dieron vida a toda clase de aves, tan rea-

les que parecen capaces de levantar el vuelo en cualquier momento. Esta crónica, digo, no comienza entre sus atrios repletos de flores de mil colores adormecidas por el gorgoteo de las fuentes y rodeadas de esbeltas columnas de mármol níveo y altos capiteles corintios. Tampoco tiene su principio aquí, en la eterna Roma, la *caput mundi*, la ciudad que nunca duerme, inmersa en ese alocado ir y venir de gentes llegadas de los más remotos confines del Imperio y que conviven con naturalidad con el hedor de sus calles y el aroma del pan recién hecho desde el elegante Palatino hasta la peligrosa Subura. Todo comienza lejos, muy lejos. En un lugar donde el sol abrasador hace arder a las mismísimas rocas y aja las encorvadas espaldas de los campesinos; una tierra severa y exigente donde las sandalias de cuero se ensucian con la arena que escupe el cercano desierto y se agrietan por la dureza de los caminos y de sus piedras blanquecinas de filos cortantes; un país malherido por las mil batallas no ganadas y orgulloso por otras tantas bien libradas, pero también perdidas; una tierra pobre y seca en la que sonreír no es fácil y sólo es posible al volver la vista atrás, hacia un pasado lejano, tiempos repletos de orgullosos reyes y hermosas reinas. Ese lugar del que hablo, el que me vio nacer y cuyos caminos mis pies pisaron en la juventud, es el antiguo reino nabateo. Sí, tal vez suene extraño de primeras; pero, tal vez, si mencionara Petra, su capital, más de uno asentirá como reconociendo con admiración su glorioso pasado y recordará las hileras de caravanas de longitud infinita que se perdían más allá del horizonte, el griterío de los camelleros que, en mil lenguas impronunciables, daban órdenes por igual a esclavos y bestias, y los mercados de especias...; sobre todo, los mercados, donde todo se compraba y todo se vendía y donde se podían oír los latidos de la tierra.

De allí salí un día para nunca regresar. De eso hace ya casi noventa años. Ochenta y ocho, para ser más exactos. Los mismos que hoy tengo y que jamás pensé vivir. Sin embargo, los caprichosos dioses han querido regalarme una vida tan dilatada como intensa. Ahora sólo les ruego que, puesto que he hecho en este tiempo más bien que mal, sean benévolos conmigo y me concedan el alivio de una muerte dulce. Las impaciencias se acabaron con los años, la prisa dejó de existir. No me quedan sueños que soñar ni deseos por cumplir.

Ya nada más me resta por hacer que narrar su historia, la de ella, la de Elia Gala Placidia, y deseo empezarla hoy mismo, mientras su cuerpo aún desprende calor, mientras un hilo de aire escapa de sus pulmones, aunque pronto ya la muerte, siempre tan diligente y ocupada, se digne a visitarla. Y juro que no cejaré en este mi último empeño hasta que mis muchos dioses, o el suyo, decidan llevarme con ella a ese rincón donde no se conoce el frío, donde no existe el horizonte; allí donde están los nuestros y donde pasado, presente y futuro son sólo uno.

Espero, lector, que seas comprensivo con esta marchita anciana.

Yo, Helpidia, os voy a contar la verdadera historia de Elia Gala Placidia.

II

LA MONTAÑA SAGRADA

Monte Hor, Petra. Anno Domini 362

—En ocasiones, hijo mío, los dioses se disfrazan de hombres o mujeres para pasear entre ellos, pobres criaturas que creen poseer el poder sobre su existencia sin saber que no son más que hojas secas de otoño a merced del viento, sin imaginar siquiera que sus vidas y sus muertes, sobre todo sus muertes, están ya escritas y pertenecen al destino.

A pesar de los muchos años y de su barba ya encanecida, Yarmuk recordaba todas y cada una de las palabras de su padre mientras, sudorosos, ascendían hasta la cima del monte Hor, la montaña sagrada. Tardó tiempo en encontrar el sentido a aquellas jadeantes conversaciones, pero cuando lo hizo las cinceló en su mente como el cantero marca el sillar de piedra.

Aquellos recuerdos animaban su paso bajo aquella luna llena que iluminaba los senderos y los estrechos desfiladeros que se perfilaban entre las rocas cortantes. Conocía bien aquel terreno; lo había recorrido cientos de veces de niño de la mano de su padre y de su abuelo, y más tarde, cuando ambos murieron, sólo. Pero esta vez era distinto, y los dioses parecían favorecerlo. Sonrió al echar un vistazo a su regazo. Nunca antes había estado allí con un bebé en brazos. Y esa luz que la noche le re-

galaba permitía que sus viejas zapatillas de cuero ascendieran a buen paso, sin tropiezos, sorteando arbustos, zarzas y matorrales.

Fatigado, se detuvo para aspirar una bocanada de aire fresco y miró hacia lo alto de la montaña, la más alta de la región, la más majestuosa. Allí arriba, lejos de miradas profanas y cerca del cielo, moraba Dushara, el señor de la montaña, el que todo lo ve y todo lo sabe; el dios de sus padres y de sus antepasados y al que ahora se disponía a presentar a su hija. Su primera hija. Aún no le había dicho a su esposa qué nombre había elegido para ella. Aunque estaba seguro de que le gustaría, porque significaba «la que nunca pierde la fe». Eso es lo que más deseaba para su hija: una fe inquebrantable que la ayudara a vivir bien y a morir mejor.

Apenas unas horas después de escuchar su primer gemido, ese llanto maravilloso que anunciaba al mundo su llegada, ya sentía que su vida había cambiado por completo. Luego, tras lavarla, una de las ancianas de la aldea que había ayudado en el parto la envolvió en una fina sábana de lana y la acomodó suavemente entre sus brazos. Él la acogió con la torpeza de un padre primerizo e introdujo por su cabecita el cordón de cuero con el símbolo que representaba a la diosa Manāt y que él mismo había tallado y pulido en madera. Observó en silencio a su hija, y, en ese mismo instante, la pequeña abrió los ojos y lo miró. Yarmuk supo entonces que se había creado un lazo entre ambos, un lazo invisible entre él y aquel diminuto ser al que ya había empezado a amar el mismo día en que Atargatis, su esposa, le anunció que estaba encinta.

«¿Cómo era posible tanto amor en tan poco tiempo?», se preguntó mientras continuaba el fatigoso ascenso. Otros padres le habían hablado de ello, de esos sentimientos tan intensos como irracionales, pero él no los había

creído, convencido de que no eran más que exageraciones de campesinos. Ahora, mientras la pequeña se aferraba con su diminuta manita a uno de sus dedos, sabía cuán equivocado estaba.

Alzó de nuevo la mirada hacia la cima y bebió un trago de agua del odre de pellejo de cabra. Aún quedaba un buen trecho antes de llegar hasta el altar de piedra. Lo alcanzaría poco antes del amanecer. Alrededor, ajenas a sus pensamientos, rebuscaban raíces entre las rocas media docena de tristonas ovejas y el carnero que había seguido sus pasos desde la aldea.

Se secó el sudor de la frente con la manga. Unos amenazadores nubarrones cubrían la montaña. Recordó entonces el miedo que sintió de niño en su primera visita a la morada de los dioses. Aquel día, como ahora, también le sudaban las manos. Durante todo el camino desde la aldea anduvo detrás de su padre, siguiéndolo de cerca, sin dejar de mirar las suelas de sus gastadas sandalias. «No te separes de mí», le había advertido, severo, cuando, al salir de casa, le entregó un morral con algo de comida: una hogaza de pan, queso de cabra, un par de cebollas y un odre con agua; «el humilde festín de los pastores», según su madre. «No te separes de mí», repitió. Y había logrado inquietarlo aún más, tanto que sólo el aullido de un zorro y los sonidos de los tejones al excavar la tierra le hicieron desviar la mirada del sendero. Aquel lejano día, como éste, las nubes también ocultaban la cima de la montaña, y él caminaba en silencio, tratando de aguantar la respiración y los jadeos por el cansancio. De vez en cuando, su padre volvía la cabeza para mirarlo y sonreía ante su comprensible miedo, probablemente el mismo desasosiego que él debió de sentir en el pasado.

Los años habían transcurrido veloces desde entonces. Infinidad de inviernos habían sucedido a infinidad de

otoños, las nubes que salpicaban el cielo eran otras, el miedo infantil había sido sustituido por un sereno respeto ancestral, y hacía ya mucho que las arenas del desierto habían secado los huesos de sus padres, pero la rueda de la vida, obediente a los dioses, daba una vuelta más, otro giro, y ahora era él, Yarmuk, quien ascendía por aquella ladera con su hija en brazos. Presente y pasado galopaban por su mente como potros en la pradera.

Cuando por fin llegó a la cima del monte Hor, Yarmuk se giró para contemplar el horizonte. El cansancio lo obligó a apoyar la espalda en un cúmulo de rocas y resollar un par de veces. El aullido lejano de un zorro le hizo esbozar una sonrisa. Tal vez, imaginó, quizá se tratara de un descendiente de aquel que pareció acompañarlo en su primer ascenso a la montaña. Cerró los ojos, y entonces lo envolvió el olor de los eucaliptos y el de los iris negros que crecían, indomables, entre los pedregales. Amaba hasta la última piedra de aquella tierra suya.

Abajo, en los pies de la montaña, se hallaba la aldea, su hogar. Aún dormía, y sólo unos diminutos puntos amarillentos de las lamparillas de aceite junto a las ventanas señalaban a los más madrugadores. Volvió la vista hacia el este. Cuando el sol despuntara, se alcanzaría a ver Petra. Apenas seis o siete millas romanas la separaban del pie del monte. Suspiró, algo abatido. La antigua y majestuosa capital del reino nabateo de sus antepasados hoy no era más que una simple provincia del Imperio romano, otra más bajo su apretado yugo. De niño, en aquel mismo lugar, durante los descansos a los que el sol abrasador los obligaba, mientras, sentados a la sombra, compartían el pan, la crema de garbanzos y las aceitunas negras que su madre les había preparado, su padre le contaba las historias de los antiguos monarcas, de aquellos tiempos en que las parsimoniosas e infinitas caravanas que iban y venían desde los rin-

cones más olvidados del mundo elegían esa ciudad para hacer un alto en su camino. Yarmuk, entonces, cerraba los ojos para imaginar a los barbudos mercaderes intercambiando las sedas compradas a los hombres de ojos rasgados del reino de Rouran por jades y amatistas de la lejana región de Gandhara; afilados colmillos de elefantes africanos, traídos desde los bulliciosos puertos de Omán, por las preciadas especias que sólo se podían encontrar en el remoto Oriente. «Algún día visitaremos todas esas ciudades», le aseguraba el viejo, apoyando con fuerza el cayado en el suelo. Y él se preguntaba cuán lejos quedarían aquellos lugares y si las manos callosas y la respiración cada día más pausada y dificultosa de su padre consentirían un viaje tan largo.

El agudo silbido de un halcón le hizo levantar repentinamente la mirada, y se esfumaron todos aquellos pensamientos. «Aquel mundo acabó», susurró Yarmuk. Los romanos habían arrasado la ciudad; sin flechas ni escudos, sin lanzar un sólo *pilum*, sin desenvainar las espadas, simplemente abriendo nuevas rutas comerciales. Petra languidecía, al igual que los dioses a quienes ellos aún rezaban.

Con sumo cuidado, arrojó un poco más a la pequeña. Dormía como sólo saben dormir los niños, arrebujaada en la manta de lana en la que Atargatis la había envuelto antes de salir de casa. No era una simple tela de abrigo, sino parte del ajuar que había aportado al matrimonio y un bien muypreciado para ella. Que ahora cubriera el cuerpo de su hija y le ofreciera el mismo calor que a ella le había obsequiado siendo un bebé significaba mucho.

Yarmuk dejó a la niña sobre un improvisado y mullido lecho de paños y comenzó los preparativos para el ritual. Lo primero era el fuego sagrado. «Te dará calor en la madrugada, alejará a las alimañas y permitirá que los dioses te contemplen mejor desde lo alto», le había enseñado su padre

mientras removía con un palo las brasas de la hoguera. No sería difícil, consideró, tras echar un rápido vistazo en derredor. Estaba repleto de matorrales y pequeñas ramas secas, y sólo tendría que recoger unas cuantas. Las apiló sobre el altar –una enorme piedra con forma de mesa que la naturaleza les había querido regalar para honrar a Dushara y Manât– y los cubrió con restos de cabello, virutas de madera y algo de paja seca que siempre llevaba consigo en la talega que le colgaba del hombro. De ella extrajo también una piedra de pedernal y un trozo de hierro. A continuación, Yarmuk susurró una plegaria. Había llegado el momento de golpear la piedra contra el metal. Volaron por el aire unas diminutas chispas, y pronto brotó el deseado fuego. «¿Cómo alguien puede siquiera dudar de la existencia de los dioses?», se preguntó, inclinando la cabeza mientras balbuceaba un gracias a los cielos. La ligera brisa se encargó del resto. Al poco, los lamentos de las ramas y de los troncos retorciéndose en el fuego se mezclaron con los sollozos de la niña, ajena aún a las conversaciones entre dioses y hombres.

Cuando las llamas ganaron altura, agarró al carnero por la cabeza y el cuello y, con la destreza de los muchos años de experiencia, le ató las patas delanteras con una cuerda de estopa. Repitió la acción con las traseras, y el animal, asustado al sentirse inmóvil, comenzó a balar, rompiendo el silencio de una noche que, poco a poco, moría para dejar su sitio a un orgulloso sol a punto de sacar de su pereza al monte Hor.

«Es la hora», bisbiseó entre dientes, con la vista clavada en el este. Estaba nervioso, mucho. Para insuflarse el ánimo que parecía faltarle, se dijo que no era la primera ocasión, que había hecho innumerables sacrificios. Pero esta vez era distinto. Se trataba de su propia hija.

Levantó al animal hasta depositarlo sobre el altar de piedra ennegrecido por la sangre de miles de sacrificios

anteriores, desde que el mundo era mundo y desde que el hombre era hombre. «Qué estupidez la del pueblo romano», pensó malhumorado. Soltó un bufido. No entendía por qué habían abandonado a sus poderosos dioses para seguir las doctrinas de aquel tozudo judío nacido en la cercana Galilea. Trató de recordar su nombre, y se llevó una mano a la áspera barba. «Jesús, el hijo de Dios en la Tierra», murmuró. Qué absurdo, como si los dioses necesitaran enviar a sus hijos para hacer cumplir sus designios entre los hombres. Aquel pequeño grupo de febriles seguidores, tan testarudos como su líder, había logrado extenderse como la peste por todo el Imperio. No existía un rincón donde no se hubieran instalado, sobre todo en los corazones de los cobardes y los débiles, de aquellos que preferían dejarse morir y ver cómo mataban a los suyos antes que defenderse. «¡Cobardes!». Meneó la cabeza y escupió con desdén sobre unos matorrales. «¿Qué ofrecía aquel hijo de carpintero que no ofrecieran Dushara o Júpiter?», se preguntó, irritado. Nada.

–Y, sin embargo –dijo al animal, que abrió los ojos, asustado–, ahora somos nosotros, los paganos, los que debemos escondernos y a quienes se nos niega la posibilidad de realizar nuestros ritos y sacrificios. Todo por culpa de esos malditos cristianos, incapaces de convivir con otras creencias y otros dioses. –Se apartó el pelo que le caía sobre los ojos.

Ese amor al prójimo del que tanto alardeaban desaparecía ante la presencia de un pagano, de un adorador de falsos dioses, como los nombraban. Sin pensar en que ellos mismos lo fueron, acaso, cuando sufrieron la persecución de esos mismos romanos invasores que ahora se arrodillaban para rezar. «En cualquier caso, es algo temporal», pensó mientras echaba más ramas secas para avivar el fuego. No tenía la menor duda. La tierra estaba llena

de criaturas y de problemas, demasiados para un sólo dios. Alzó la mirada hacia las nubes. Aquella religión del otro mundo no podía tener cabida en éste y, tarde o temprano, marcharía tal y como apareció. Los dioses –los verdaderos, los suyos–, de eso, del tiempo, sabían más que nadie.

Tomó a la niña entre sus brazos. Dormía ahora plácidamente, y Yarmuk la besó con dulzura en la frente. Para lo que se disponía a hacer, mejor que estuviese bien dormida. La colocó en el altar, junto al animal, sintiendo una presión aplastante en el pecho y cómo el sudor corría por debajo de su túnica. Sin dejar de observarla, se pasó el dorso de la mano por el rostro y se secó el par de lágrimas que amenazaban con resbalarle por las mejillas.

Yarmuk confiaba en que Dushara quedara satisfecho con el sacrificio, saciado por la sangre que estaba a punto de ofrecerle, y que esa misma sangre le permitiera a él, su sumo sacerdote, obtener las respuestas que buscaba para sí mismo y para su pueblo.

Sacó de la talega la sencilla túnica sacerdotal de lino con mil remiendos que los años y muchas hábiles y amorosas manos habían ido dibujando sobre ella. Se la puso con parsimonia y la alisó como muestra de respeto al dios. Después, tomó el cuchillo ritual y lo extrajo de su ajada funda de cuero. Había pasado de generación en generación hasta llegar a sus manos. Era su bien máspreciado. Observó su mortal brillo y la curvatura de la larga y afilada hoja. Suspiró. Deseaba por encima de todas las cosas ser merecedor de la responsabilidad sacerdotal que la vida le había entregado, y haría lo que fuese para lograrlo. Todo, absolutamente todo lo necesario.

En el altar, uno junto al otro, espalda con espalda, el carnero y la pequeña esperaban en silencio, ajenos a sus pensamientos.

Todo estaba preparado.

Yarmuk alzó el cuchillo en el aire con ambas manos susurrando al mismo tiempo una plegaria en forma de cántico dedicada a Dushara y a la diosa del destino, Manāt. Cuando acabó la oración, levantó la barbilla hacia el cielo, cerró los ojos y aguardó a que el primer rayo de sol le iluminara el rostro. Recordó las palabras de Atargatis antes de partir: «Tengo un presentimiento», le había dicho, refiriéndose a la niña. De repente, Yarmuk notó el calor del sol sobre la frente. Aquélla era la señal del dios verdadero. El amanecer cumplía una vez más con su tedioso trabajo diario.

Había llegado el momento.

Aún con los brazos en alto, asió con todas sus fuerzas la empuñadura de marfil y tensó los músculos.

El cuchillo rasgó el aire de la mañana.